

TEATRO

Por José Luis IBÁÑEZ

FESTIVAL

DIJERON que durante el mes de septiembre iban a dar a conocer un número considerable de obras y autores teatrales mexicanos; que los empresarios (reconociendo que debe consumirse lo que el país produce) dedicarían sus esfuerzos (y parte de sus ahorros) a la exaltación de nuestros dramaturgos ya conocidos y al descubrimiento de nuevos talentos. De tal manera, creyeron que al menos en ese breve período, el público encontraría en los escenarios de nuestra ciudad, la ansiada imagen de las más representativas inquietudes, preocupaciones y palpitaciones de nuestro pensamiento nacional.

Quisieron preparar una nueva línea que el pueblo pudiera gritar: ¡Viva el Teatro Mexicano, también! Pero han pasado las fiestas patrias, el mes del sesquicentenario ha llegado a su fin, y el nuevo grito no resonó. Se oyen, en cambio, quejas y protestas por un pseudo-Festival que, entre otras cosas, ha confirmado la falta de talento, la mediocridad, la estrechez mental que domina a la actividad teatral de la ciudad de México.

¿Qué oportunidad le han dado al público de ese Festival para descubrir algo merecedor, de su auténtico entusiasmo; para enfrentarse a algo renovador; para distinguir la voz reveladora de un verdadero poeta? Y no se atrevan a decir que al público le falta la capacidad para someterse a esa experiencia.

¿Por qué le han prometido al público un gran teatro mexicano y después le entregan el más pequeño en espíritu, en intenciones y en alcances?

¿Cómo puede permitirse que, además, se valgan de todos los recursos para vencerlo de que han cumplido su promesa?

Hemos visto anunciada una docena y media de estrenos durante el mes de septiembre, y cuando no han sido catástrofes económicas o artísticas, esos acontecimientos han sobrepasado o se han aproximado a los límites.

Si de algo es evidente que el teatro mexicano necesita desahisarse, es de las fórmulas. "Aristóteles señaló... Miller probó... Según Brecht... En Broadway... En París se ha comprobado... En Moscú, en Madrid, en Japón, en China y hasta en Argentina...", etcétera. Imítese o renúnciese. Escójense los elementos que han demostrado su eficacia en otras partes, tradúzcanse y adáptense a nuestro medio; adóptense; preséntese el nuevo producto, y mediante una hábil campaña de ventas, recíbanse los beneficios del procedimiento. Actitud industrial, regida por leyes aceptadas. La fábrica feliz, ha sacado su muestrario durante las Fiestas Patrias, y nos ha dejado con la convicción de que el teatro mexicano de hoy, aunque más activo que el de ayer, es pura llamarada de petate.

Los autores mexicanos, a juzgar por este Festival, padecen voluntariamente una misma enfermedad: la timidez. Tal parece que no quieren arriesgarse a nada,

y que su propósito no va más allá de escribir una obra "sin defectos". Para esto, claro, necesitan un modelo que sirva de medida... y de defensa. Despojan al teatro de su condición poética y le imponen, a cambio, un ajeno sentido matemático.

Y si no quiero referirme, por ahora, a una obra en particular, es porque las que se presentaron en teatros comerciales durante el mes de septiembre (y casi todas las que se escriben en México) comparten por igual la actitud.

Los nuevos autores que aparecieron en el período de celebración, son viejos hasta en los defectos que intentan rehuir, y desesperadamente superficiales. Aíslan un momento de la realidad y después lo reproducen en una forma que sólo consigue retener lo que aquella realidad ya mos-



“Shakespeare en México?”

traba por sí misma. Ni inventan, ni imaginan, ni penetran la realidad con su pensamiento. En un esfuerzo más costoso que significativo, como los “autores” que ya no reciben el tratamiento de “nuevos”, escriben... nada más.

NOTA: Para colmo, la noble iniciativa no culminó en sorpresas de ninguna especie, pero puede señalarse que Rafael Solana, quien, por fortuna, no necesita ninguna presentación, fue el autor más solicitado del Festival. TRES obras suyas llegaron a representarse al mismo tiempo en tres salas distintas. Una de ellas, que (significativamente) lleva el título de *A su imagen y semejanza*, logró reaparecer en el sitio que le corresponde, después de algunos años de estrenada.

¡UN SEGUNDO PARA SHAKESPEARE!

Hablando de nobles iniciativas, podría pensarse en una que sirviera para que las obras de Shakespeare dejaran de ser, en

nuestro país, meros cuerpos de delitos. Creo que pocas veces sufre tanto el pobre público mexicano como cuando sube a la escena nacional una de sus creaciones. La vergonzosa transformación que padecen aquí, parece ya, más que una consecuencia de terribles equivocaciones, el éxito de una implacable campaña de aniquilación.

En los últimos seis años de teatro en esta ciudad, difícilmente podrían señalarse espectáculos más aburridos, ininteligibles, y deplorables, que los que se ampararon bajo los títulos de *Macbeth*, *Sueño de una noche de verano*, *El mercader de Venecia*, *Como gustéis*, *Hamlet* (dos veces vapuleado en un mismo año). ¿Shakespeare en México? Presagio de catástrofe.

Y he aquí que Otelo, en una hermosa noche de septiembre, subió al cadalso del Teatro Xola, para cumplir la máxima pena que el Instituto Mexicano del Seguro Social le impone a las grandes obras del teatro universal: que las dirija Ignacio Retes, y que las decore Julio Prieto.

Una vez más, Shakespeare ha quedado opacado, escondido, disfrazado y casi irreconocible. En esa representación, los tintes tricolores de la escena final (el verde Otelo, la blanca Desdémona y el colorado lecho); las pelucas; las escaleritas y las escalerotas; las incontables genuflexiones; los gritos, las contorsiones, la incómoda postura en que la desdichada Desdémona pasa a mejor vida; las mutilaciones al texto, etcétera; todo es más notable que la palabra del poeta.

Un espectáculo inolvidable, sí, merecedor de toda censura.

Es evidente que el incurrir en tantas torpezas requiere un esfuerzo extraordinario; y es evidente, también, que para tolerarlas, hace falta otro esfuerzo de igual magnitud.

JEZABEL

Jean Anhouil, uno de los autores franceses más renombrados, ha sido agregado a la lista de los prohibidos por el Departamento de Espectáculos, que intervino para suspender las representaciones de su obra *Jezabel* en el Distrito Federal.

Se supone que esta medida fue tomada en defensa y protección de los intereses del público. ¿No sería posible pensar, a la vez, en medidas correspondientes que protejan, defiendan y aseguren el trabajo que no se ha hecho con el afán de perjudicar esos mismos intereses de ese mismo público?

IGNORADOS

Alexandro, ex-miembro de la compañía Marcel Marceau, y actual profesor de mímica en varias academias de Teatro, logró dirigir brillante, excelentemente, la obra de Samuel Beckett *Fin de partida*, para el Teatro Universitario. Aunque haya sido ignorado, este magnífico espectáculo —que duró poco tiempo en cartel— nos dio otra formidable actuación de Amparo Villegas, y permitió que Héctor Ortega se revelara como un actor espléndido.

La paz ficticia, de Luisa Josefina Hernández, se presentó dirigida por Fernando Wagner, en el Teatro del Bosque. El I. N. B. A. se encargó de que el público se quedara sin conocerla. ¿Cómo? No anunciándola, sencillamente y exhibiéndola en funciones de índole especial.